

VEINTICINCO AÑOS DE DEBATE  
SOBRE LA CRISIS DEL SIGLO XVII

Pablo Fernández Albaladejo

H113 - 17

10 cop.

«Probablemente en los próximos años aparecerá un gran número de trabajos históricos sobre este tema y sobre este período.» Es difícil saber hasta qué punto Eric Hobsbawm era consciente del valor de esta profecía en 1954, un año que en relación al tema que aquí nos ocupa ha podido ser considerado con razón por John Elliot como «an unusually crisis-conscious year» (Elliot, 1969). En efecto, sin que al parecer llegase a existir relación alguna, en 1954 aparecía también la obra de Roland Mousnier sobre *Les XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles*, que junto con el artículo de Hobsbawm y el posterior de Trevor-Roper iban a constituir la trilogía fundacional de la «crisis».

Desde luego la inmediata secuencia de los acontecimientos a partir de 1954 no ha desmentido las sospechas de Hobsbawm. Todo lo contrario. En 1957 se celebraba una reunión en Londres para tratar de las «Seventeenth Century Revolutions» (*Past and Present*, 1958) y, en 1959, Trevor-Roper daba a conocer su trabajo sobre «The General Crisis of the Seventeenth Century». Al filo de los sesenta, «la religión de la crisis» (Morineau, 1978) estaba ya en marcha. El número 18 de *Past and Present* correspondiente a noviembre de 1960 recogía una serie de *Comments* de varios historiadores suscitados a raíz del artículo de Trevor-Roper, y en 1964 veía la luz el manifiesto *Crisis in Europe* que ahora tiene el lector en sus manos. Incuestionablemente la suerte de la crisis estaba echada, y buena prueba de ello es el hecho de que en 1978 Geoffrey Parker haya llevado a cabo

lo que pretende ser una recopilación actualizada de nuevos artículos en torno a la crisis (Parker, 1978).

Creo que el lector comprenderá, sin demasiado esfuerzo, las dificultades que entraña dar cuenta de los avatares sufridos por un tema que ha sido un auténtico *super-star* de la historiografía de estos últimos veinte o veinticinco años. Precisamente por ello, quiero señalar de antemano la existencia de algunas exclusiones deliberadas dentro de este Apéndice. Por una parte, se deja para otro momento, si procede (dada la complejidad y singular relevancia del tema), el tratamiento del caso hispano. De otro lado, el carácter limitado de estas páginas y aun la procedencia misma de la presente recopilación, fuerzan a organizar nuestros criterios en una cierta fidelidad al espíritu de aquel debate. De ahí que las páginas que siguen se limiten a una labor de seguimiento del impacto causado por los que habitualmente vienen siendo considerados como los dos artículos «mayores» del debate sobre la crisis, el de Eric Hobsbawm y el de Hugh Trevor-Roper.

\* \* \*

La importancia del artículo de Hobsbawm reside en su capacidad para integrar los resultados de la literatura entonces disponible sobre diversos aspectos de la economía europea en el siglo XVII; su originalidad, por otra parte, se basa en haber entrevistado que las evidencias aportadas por esa literatura permitían integrar el cambio económico del mencionado siglo dentro de la problemática marxista de la transición del feudalismo al capitalismo. Por lo demás, Hobsbawm no «descubre» la crisis: como él mismo reconoce, la crisis era un hecho ya establecido por la propia historiografía académica. Los orígenes remotos del trabajo de Hobsbawm hay que buscarlos en los *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, de Maurice Dobb (1946), y en la discusión que se suscitó en los círculos marxistas (especialmente en el «Grupo de historiadores del Partido Comunista Británico», del que Hobsbawm formaba parte) a raíz de su aparición<sup>1</sup>. En 1960 Hobsbawm publicó en la revista *Science and Society* una versión más sintética de su artículo de 1954, y lo titulaba ya expresamente «El siglo XVII en el desarrollo del capitalismo»

<sup>1</sup> Para estos aspectos, véase J. Cronin, «Creating a Marxist Historiography. The Contribution of Hobsbawm», *Radical History Review*, núm. 19, 1978-79, pp. 87-109, y asimismo la propia entrevista a Hobsbawm en las pp. 111-31 de la misma revista. Más información en H. Medick, «The transition from Feudalism to Capitalism: Renewal of the Debate», en *People's History Socialist Theory* (Routledge & Kegan, Londres, 1981), pp. 120-29.

(Hobsbawm, 1971). La tesis de Hobsbawm quedaba así definitivamente fijada: a) el siglo XVII fue un siglo de crisis visible tanto en Occidente como «a través de toda la extensión del área económica dominada por y desde Europa occidental»; b) la crisis fue producida por las contradicciones internas de la economía; c) a diferencia de la anterior crisis del siglo XIV, la crisis del XVII no produjo una regresión generalizada; originó al mismo tiempo una «concentración de recursos» que sólo pudo ser aprovechada por aquellas economías que habían introducido cambios cualitativos fundamentales en su organización; d) Inglaterra y Holanda resultaron especialmente beneficiadas en esa concentración, pero, a largo plazo, sólo Inglaterra fue la beneficiaria por excelencia como consecuencia de la primacía que los ingleses concedieron a los intereses manufactureros en relación con los del sector comercial y financiero. El posterior éxito inglés se explica a partir de este hecho.

No hace falta ser un adivino para imaginar la reacción que podía suscitar una síntesis que tocaba tantas y tan comprometidas teclas como la de Hobsbawm. Paradójicamente, sin embargo, para algunas de las críticas iniciales el pecado original de Hobsbawm no estaba en la mayor o menor consistencia interna de sus argumentos, sino que tenía que ver con ese «prejudice against left academics» que se extendió por Gran Bretaña en el contexto de la guerra fría<sup>2</sup>. Por ello, no fue ninguna sorpresa que las primeras descalificaciones procediesen de un historiador y ensayista que, como Trevor-Roper, parecía empeñado en demostrar la futilidad de los análisis marxistas aplicados a la historia de Inglaterra. La «tormenta» originada por sus artículos de 1951 y 1953, a propósito de la interpretación de la *gentry* propuesta por Tawney y Stone, estaba aún caliente en el mundillo académico inglés<sup>3</sup>. El mismo aire de polémica tiene el artículo recogido en la presente recopilación, y en él puede verse que la intención de Trevor-Roper se encamina más a realizar una crítica a los supuestos de la historiografía marxista que a refutar con detalle las tesis de Hobsbawm.

Insistiendo asimismo en que se trataba de un trabajo «impregnado de marxismo» y «lleno de notas y referencias inútiles», la breve noticia que ofrecía Frederic Mauro en los *Annales* de 1959 reconocía cuando menos que el trabajo de Hobsbawm estaba concebido «bajo el signo dominante de la curiosidad científica». Sus dos objeciones básicas —escasa atención a los factores monetarios; carác-

<sup>2</sup> La expresión es de Hobsbawm, en la entrevista mencionada en la nota anterior.

<sup>3</sup> Sobre este punto, R. C. Richardson, *The Debate on the English Revolution* (Methuen, Londres, 1977), cap. 6.

ter feudal o capitalista de la economía y la sociedad del siglo XVI— fueron contestadas por Hobsbawm en su artículo ya mencionado de 1960, y posteriormente en el propio *post-scriptum* incluido en esta recopilación.

En sendos artículos de 1963, Ivo Schoffer y Ruggiero Romano —renunciando a cualquier anatema por mor de ideología— se hacían eco de las cuestiones planteadas por el trabajo de Hobsbawm. Para Schoffer (1963), una de las razones que a su juicio venía propiciando la creciente atención de los historiadores hacia la crisis radicaba en la inexistencia en el siglo XVII de un acontecimiento (como el Renacimiento o la Reforma) en torno al cual pudiese organizarse operativamente el relato histórico. Era precisamente esta especie de orfandad de trama lo que, de acuerdo con Schoffer, explicaba tentativas como las de Mousnier, en la cual la crisis misma se convertía en protagonista principal y clave explicativa de todos los aspectos del siglo. Pero el resultado era muy poco convincente. Ni siquiera un lugar tan comúnmente aceptado como la propia depresión económica permitía una generalización indiscriminada después de la brillante contraargumentación presentada por René Baehrel<sup>4</sup>. No obstante, aun aceptando la existencia de serias dificultades económicas en este siglo, resultaba dudoso invertir a éstas de una calidad superior a las experimentadas en momentos anteriores. Para Schoffer, se trata de una insuficiencia estructural típica del sistema, y no específica del siglo. Incluso la pretendida singularidad de Inglaterra podía ponerse en entredicho: también Portugal, Suecia y, sobre todo, Holanda capearon bastante bien los malos tiempos. En conclusión, arguye Schoffer, si algo debe singularizar el siglo XVII es ante todo su carácter de estabilizador en las relaciones económicas. Sin pretender subvalorar los elevados «costes sociales» de ese período, lo que de específico aporta el siglo XVII sería precisamente el comienzo de la cuenta atrás en la liquidación de «la crisis permanente del antiguo régimen».

Desde una posición que podemos considerar como «marxiana», Romano ofrecía una lectura de la tesis de Hobsbawm con la mirada puesta en la historia italiana (1963, 1964). De ahí que su atención

<sup>4</sup> No hay espacio en estas páginas para tratar adecuadamente los fundamentales trabajos que desde 1960 ha dedicado la historiografía francesa al estudio de los aspectos económicos del «Gran Siglo». Afortunadamente son bastante familiares para el lector español. Sus principales aportaciones a mediados de los sesenta (Baehrel incluido) pueden verse en M. Aymard, «Historia rural y desarrollo económico. El ejemplo de Francia en la época moderna», *Moneda y Crédito*, núm. 102 (1967), pp. 81-96. Su más reciente exposición se encuentra en el tomo I/2 de la *Histoire Economique et Sociale de la France* (PUF, París, 1977), dirigida por F. Braudel y E. Labrousse.

se centrarse no en el estudio de los procesos que hicieron posible la transición hacia el capitalismo, sino en el análisis de los frenos que, en la Europa del Sur, permitieron la continuidad y aun la consolidación de «las antiguas formas de producción». Con un notable acopio de material estadístico y con una doble estrategia analítica (observar el mayor número posible de indicadores económicos, y no sólo de precios; otorgar primacía al análisis del sector rural), Romano explica la crisis del XVII como consecuencia de dos «rupturas»: la primera de ellas, de carácter agrícola, se desarrolla entre 1591 y 1600; la segunda, entre 1619 y 1622, es industrial y comercial y viene determinada por la primera. Es después de esta última sacudida cuando la actividad comercial e industrial entran en un período de declive irreversible. Consecuentemente, apunta Romano, el cambio social que acompaña a esta involución económica sólo puede entenderse como una *refeudalización*, un concepto más adecuado y mejor fundado empíricamente que la imagen de un «capitalismo parasitario en un mundo feudal» que había propuesto Hobsbawm para explicar el caso italiano. Si bien en trabajos posteriores Romano ha insistido en esta vía (1968), es sobre todo Rosario Villari quien, a propósito del caso napolitano (1967), ha resumido más convincentemente lo que puede entenderse por refeudalización, un proceso que «no se traduce únicamente en un desplazamiento más acentuado aún de capitales e iniciativas desde los sectores manufacturero y mercantil hacia la agricultura o hacia privilegiadas posiciones rentistas, sino en una especie de parálisis secular que afecta a toda la realidad humana, económica y política. Algo así como el triunfo de un mecanismo social que excluye la formación y desarrollo de cualquier fuerza tendente a actuar de forma independiente en relación a las estructuras feudales»<sup>5</sup>.

El danés Niels Steensgard (1970), además de mostrar dónde radicaban las mayores insuficiencias sobre las que se había levantado la visión económica de la crisis, ha esbozado una explicación de la misma que va más allá de una pura refutación de los argumentos de Hobsbawm. Para Steensgard no se trata sólo de que la información estadística con la que se ha venido operando sea incompleta, sino del hecho mucho más grave aún de que se trata de una información —tanto espacial como sectorialmente— claramente sesgada.

<sup>5</sup> *La revuelta antiespañola en Nápoles* (Alianza, Madrid, 1979), p. 15; la edición italiana es de 1967. Redactadas estas páginas acaba de aparecer una recopilación de artículos de este autor (*Rebeldes y reformadores*, Ed. del Serbal, Barcelona, 1981) en los que, además de incluirse aquellos trabajos sobre los que posteriormente se basaría Villari para la confección de *La revuelta*, se recoge asimismo la última producción del autor a propósito de la crisis.

De ahí que, tras una labor de corrección, Steensgard pueda afirmar que la crisis del XVII «no fue una regresión universal, sino que repercutió sobre varios sectores en momentos diferentes y con diferente intensidad». Asimismo, la existencia de «relaciones complementarias» entre las economías europeas dificulta aún más el éxito de un enfoque unidimensional de la crisis. Pero además de ello, lo que preocupa a Steensgard es la metodología monocolor con la que se ha venido abordando la crisis en los últimos tiempos, demasiado polarizada en torno al análisis de la producción. Como consecuencia de su dependencia en relación al trabajo de los economistas, «la última generación de historiadores de la economía» ha prestado más atención «a la producción de bienes que a su distribución». Y esta reivindicación es justamente lo que constituye la aportación más brillante de Steensgard: haber puesto de relieve hasta qué punto el análisis del sector público ilumina la crisis con nueva luz. En efecto, si consideramos que la «protección» es uno de los servicios básicos que presta el sector público, observaremos que nunca antes Francia, Alemania o España habían disfrutado de una «protección» tan completa como la que alcanzaron en el segundo tercio del XVII. De ahí que Steensgard pueda afirmar que «la producción de protección fue el *leading sector* del siglo XVII» y que, consecuentemente, «todo intento por comprender la crisis económica del XVII sin tener en cuenta la distribución del ingreso que tiene lugar a través del sector público está condenado al fracaso». Antes que una crisis de producción, la crisis del XVII fue una crisis de distribución, lo que evidentemente implica que la cuestión central de la crisis no es tanto el cambio económico como la construcción del absolutismo. La crisis debe leerse desde la perspectiva global de una modificación en el gobierno de la sociedad.

La historiografía soviética, entre tanto, no había permanecido ajena a la discusión sobre la crisis. Pero, no sin cierta paradoja, el artículo de Hobsbawm no suscitó precisamente una general aceptación en aquel ámbito. Coincidiendo con la publicación de *Crisis in Europe* aparecieron en Moscú en 1965 y 1966 diversos trabajos de la historiadora Alexandra Lublinskaya (1979) en los que, además de incluirse un particular debate con Roland Mousnier a propósito de la «Concepción burguesa de la Monarquía Absoluta», se recogía asimismo una crítica a los artículos de Hobsbawm y Trevor-Roper. Para la historiadora soviética, las evidencias económicas aducidas por Hobsbawm (población, producción, comercio) con vistas a probar la crisis no resultaban tan convincentes como pretendía este autor.

Podría exceptuarse, tal vez, la crisis del comercio báltico y levantino que, con todo, Lublinskaya tiende a considerar más como una consecuencia de la Guerra de los Treinta Años que como un posible resultado de las contradicciones internas de la economía. En este sentido, para Lublinskaya no hay argumentos suficientes como para sostener la imagen de una crisis global del mercado exterior, con lo que la única parte de la explicación de Hobsbawm que puede continuar manteniéndose en pie se reduce a la crisis del mercado interior. Pero en este punto Lublinskaya muestra un desacuerdo esencial en relación con Hobsbawm: contrariamente a lo que éste cree, la ruina de los pequeños productores favorece antes que obstaculiza la formación del mercado interior, y promueve en consecuencia el ascenso del capitalismo. La lentitud con la que este sistema se consolida, antes que por los obstáculos impuestos por el entorno feudal, tiene que ver sobre todo con el propio carácter constitutivo de la manufactura, que «en general no puede conducir a una transformación radical y conquistar todo el mercado interior para el capital industrial».

A pesar de tratarse de un trabajo no muy bien organizado, reiterativo, y con una confianza algo más que normal en la autoridad de los *padres fundadores* para resolver todo tipo de cuestiones, la aportación de Lublinskaya ha sido considerada por la historiografía «burguesa» como una crítica «aguda» y «experta» a la tesis de Eric Hobsbawm, realizada además «desde su propio esquema teórico»<sup>6</sup>. De ahí que, nueva paradoja, haya correspondido a la historiografía marxista no soviética la tarea de replicar a Lublinskaya. En un brillante artículo de 1971, David Parker, además de evidenciar las insuficiencias empíricas y las incongruencias en la interpretación del absolutismo francés propuesta por Lublinskaya, rechazó asimismo la enfática defensa de esta última a propósito del carácter capitalista de la sociedad francesa del siglo XVII. En este país, sostenía Parker, las relaciones sociales eran feudales y no capitalistas. Ciertamente había capitalistas alojados en los intersticios del sistema, pero no era la relación social del capital, sino la renta feudal la que disfrutaba de una posición hegemónica. En 1973, con motivo de un «marxist reappraisal» sobre la crisis, el propio Parker desarrollaba estos argumentos insistiendo en que el análisis de la misma no debía continuar planteándose en términos de «obstáculos» impuestos por el sistema feudal o de un posible angostamiento del mercado interior. Antes que nada las miras habrían de dirigirse a las transformaciones que hubiesen podido tener lugar dentro de la estructura de clases, a partir

<sup>6</sup> Ver la nota 4 del trabajo de Steensgard.

de la cual debería interpretarse el papel de los factores antes mencionados. En la conformación de esta estructura, añadía Parker, el impacto de los costes bélicos fue fundamental, ya que la guerra ha de considerarse más como un factor orgánico que como dato accidental en el contexto de las monarquías europeas. La conclusión de Parker es que, en líneas generales, la crisis debe interpretarse más «como una crisis del feudalismo que como una crisis en el ascenso del capitalismo». Es decir, «las contradicciones en las que se debatían los principales poderes de Europa eran intrínsecas al feudalismo: [se trataba de contradicciones] entre el bajo nivel de productividad y las demandas de una sociedad esencialmente militarista; entre la Corona y la nobleza; entre la centralización y los elementos anti-centralistas del cuerpo político; entre las masas del campesinado y sus explotadores». Sólo Inglaterra, que había experimentado «cambios fundamentales en sus relaciones sociales», pudo superar estas contradicciones.

Si a Hobsbawm le interesaba el siglo XVII en la medida en que dentro de él parecía producirse la mutación decisiva que transforma al feudalismo en capitalismo, lo que preocupa a Trevor-Roper es encontrar una explicación capaz de dar cuenta de la serie de revoluciones que ocurren en Europa entre 1640 y 1660. Ahora bien, la circunstancia de escribir su artículo «con un ojo puesto en las revoluciones políticas de los cuarenta y con otro en el doctor Hobsbawm» (Elliot), su convicción de que no es necesario apelar a una crisis económica para explicar las revueltas, y su predicción de que éstas podían haber sido evitadas con reformas a tiempo, le han valido una pertinente réplica desde la izquierda en la que se denuncian las dosis de conservadurismo político implícitas en la argumentación del historiador inglés<sup>7</sup>.

De todas formas, la cuestión que planteaba Trevor-Roper no era nueva: en 1938 ya la había apuntado el historiador norteamericano Roger B. Merriman en sus *Seis revoluciones contemporáneas*, un trabajo que a través del análisis de las «revoluciones» del siglo XVII pretendía sacar conclusiones pertinentes para lo no menos

<sup>7</sup> R. Vilari, «Rivolta e coscienza rivoluzionaria nel secolo XVII», *Sudi Storici* (1971), pp. 235-64 (versión castellana en *Rebeldes y reformadores*). Cit. por T. Rabb, *The Struggle for Stability in Early Modern Europe* (UP, Oxford, 1975), p. 23. Asimismo, A. D. Lublinskaya, *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo* (Grijalbo, Barcelona, 1979), p. 131. Y el propio *Comment* de Hobsbawm en el *Past and Present* de 1960, pp. 12-14.

convulsa década de los treinta del siglo xx. Recogiendo ecos de esta preocupación, el trabajo de Trevor-Roper estaba influido asimismo por la discusión que, en torno al término «Monarquías del Renacimiento», se registraba en esos momentos en la historiografía<sup>8</sup>. Justamente lo que la tesis del mencionado historiador apuntaba es que la crisis del xvii fue consecuencia de la liquidación de estas monarquías por un estilo de gobierno distinto, el de la Monarquía Absoluta. La crisis se articulaba así como un rechazo de la sociedad a esa nueva forma monárquica que se pretendía imponer (divorcio entre Estado y sociedad, dice Trevor-Roper), y se concretaba en un visible enfrentamiento entre la Corte y cada país respectivo...

¶ Pero la propuesta fue acogida con muchas reservas, tal como pudo verse en los *Comments* (recogidos en parte en esta recopilación) que a petición de la propia revista *Past and Present* emitieron Kossman, Hexter, Mousnier, Elliot, Stone y el propio Hobsbawm. Hexter y Elliot subrayaron que fue la guerra y no la Corte el principal factor desestabilizador para las monarquías del Renacimiento. Kossman y Mousnier objetaron que, en puridad, el antagonismo Corte-país era un hecho específicamente inglés, no susceptible de generalizaciones; el conflicto de la Fronda, escribía Kossman, es «entre otras cosas... un conflicto entre partes de la burocracia y la Corte; no es un conflicto entre la Corte y la burocracia por un lado, y el país por otro». Incluso desde el punto de vista de la historia de Inglaterra, Stone trató de demostrar la no adecuación del esquema de Trevor-Roper: contrariamente a lo que éste sostenía, fue la falta de recursos y patronazgo de la propia Corte, antes que su fortaleza, lo que propició la caída del régimen de los Estuardos.

De todas formas, ni la entidad de estas objeciones, ni el anatema de teoría «reaccionaria-y estéril» lanzado por Lublinskaya, descalificaban por completo la propuesta de Trevor-Roper. Prescindiendo de toda su coherencia antimarxista, lo fundamental de su planteamiento podía tenerse aún en pie. Como el propio historiador británico argumentó en la contrarreplica, cabe admitir que la guerra resultase mucho más gravosa que el derroche de la Corte, pero es evidente que aquella no era ajena en modo alguno a las decisiones que

<sup>8</sup> Mi información sobre el libro de Merriman procede de Elliot (1969). Sorprendentemente Trevor-Roper no parece conocer el trabajo de Merriman, a pesar de que Hobsbawm lo cita en su artículo de 1954.

<sup>9</sup> De 1958 datan los trabajos de Chabod sobre el Estado del Renacimiento, y de 1957 el de Russell-Major sobre la Monarquía del Renacimiento. Para detalles, véase A. J. Slavin, *The New Monarchies and Representative Assemblies* (Heat & Co., Boston, 1965). Trevor-Roper siempre ha reconocido una cierta deuda en relación a Chabod y Vicens Vives.

desde la propia Corte se tomaban. Asimismo, si la revuelta de los Parlamentos parece probar que las criaturas del monarca no siempre fueron fieles a su señor, ello no significa que el antagonismo Corte-país deje de ser operativo. La oposición entre uno y otro no puede entenderse como si fuesen términos «absolutamente separables», ya que en tal caso la crisis, sencillamente, no habría existido.

Es justo reconocer, sin embargo, que sería la propia Alexandra Lublinskaya quien, como iba a verse posteriormente, planteó la objeción de mayor trascendencia. En opinión de la historiadora soviética, el concepto de revolución utilizado por Trevor-Roper resultaba —por sus claras connotaciones presentistas— totalmente inadecuado, y construido con un criterio «nada científico». En 1968, en la *Inaugural Lecture* del *King's College*, John Elliot se hacía eco de este mismo problema; en 1969 se sumaba al caso el libro de Pérez Zagorin, *The Court and the Country*, cuyo objetivo —precisamente— era el de contrastar hasta qué punto el concepto «moderno» de revolución podía aplicarse a la guerra civil inglesa y, derivadamente, a las revoluciones de los siglos xvi y xvii.

Esta era la cuestión. Para Elliot, la utilización exclusiva de las anteojeras de 1789 ó 1917 había impedido una correcta comprensión de los fenómenos revolucionarios anteriores. Así, por ejemplo, las tres cuestiones que Etienne Pasquier consideraba más comprometedoras para la estabilidad de una monarquía (deudas elevadas, minoría real y disputas religiosas), serían poco menos que impensables —al menos las dos últimas— desde la perspectiva de una historiografía que escribe cuando esas cuestiones ya no pueden constituir problema. Pero sobre todo es la propia idea de cambio radical como constituyente básico del proyecto revolucionario lo que está ausente en el xvi y en el xvii: antes que en una *innovación* se piensa en términos de *renovación*, de restauración de las tradiciones del pasado. Es sólo a partir de la Ilustración cuando el desarrollo de la idea de *progreso* permitirá pensar el futuro como un orden nuevo, y no como una continuidad restaurada del orden existente. Pérez Zagorin abunda en esta misma crítica, si bien responsabiliza específicamente a «la teoría marxista de la revolución» de los mayores errores. Para Zagorin, la revolución inglesa no encubre ningún conflicto de clases ni da lugar a un cambio radical: «el orden social continúa inamovible». Y ello porque, según Zagorin, en 1640 la idea de revolución no está cargada de esa connotación esencialmente dinámica que le imprimió posteriormente la revolución francesa: «la mayor parte de los ingleses y sus dirigentes continúan aún bajo la fascinación de la continuidad con el pasado». En Inglaterra, «la fractura fundamental» que lleva a la guerra civil pasa por una división «dentro

de la clase dominante», entre «la Corona y sus partidarios, por un lado, y sus oponentes, por el otro». Tal es lo que se observa en los textos de la época cuando aluden a la oposición entre *Court* y *Country*.

Prescindiendo de que, apenas con dos referencias a Marx y a Trotsky, Zagorin pretenda liquidar «la teoría marxista de la revolución», no resulta menos sorprendente tampoco que un profesional de las ciencias sociales admita como válido el postulado de que la realidad social se agota —y sólo pueda ser descrita— de acuerdo con los criterios con que lo hacían los contemporáneos de un determinado período. Por otra parte, como ha señalado recientemente Christopher Hill, afirmar que la guerra civil se gestó a raíz del antagonismo *Court-Country*, «aunque sea cierto, no nos lleva mucho más allá de decir que la Revolución francesa se inició a partir de la revuelta de la nobleza». Es evidente que si la revolución cuajó finalmente en un acuerdo entre fracciones de la clase dominante, ello no significa que las otras clases no hayan tenido nada que ver ni influido en el resultado final.<sup>10</sup>

La misma insistencia en demostrar la escasa validez de la teoría marxista —y específicamente «su vital concepto de clase»— para el estudio de estos fenómenos, se encuentra también en algunos de los participantes en el coloquio sobre «Historia comparada de las revoluciones modernas», celebrado en la Universidad John Hopkins en el curso 1968-1969 (Forster, 1972). Con la particularidad de que en este caso se recurre al arsenal de politólogos y sociólogos de la política en la búsqueda de una alternativa al marxismo. Pero el resultado no ha sido nada espectacular, ni se ha ido mucho más allá del estricto empirismo en el que se venían desarrollando los historiadores profesionales. El avance más notable ha consistido en la sustitución de la anterior forma del relato revolucionario por una suerte de «rolling stone theory»<sup>11</sup>, en virtud de la cual se nos ofrece una secuencia de los acontecimientos ordenada según *precondiciones, precipitantes y disparadores*; pero la sospecha de que estamos ante el mismo perro con distinto collar es muy difícil de desechar. De ahí que el historiador norteamericano A. Lloyd Moote (1973) haya insis-

<sup>10</sup> Para una defensa del concepto marxista de revolución, véase el firme alegato de C. Hill, «A Bourgeois Revolution?», en J. G. Pocock, ed., *Three British Revolutions* (UP, Princeton, 1980), pp. 109-39. Sobre la participación del campesinado y el pueblo urbano, véase B. Manning, «The Peasantry and the English Revolution», *Journal of Peasant Studies*, vol. 2, núm. 2 (1975), pp. 133-57; *The English People and the English Revolution* (Penguin, Londres, 1978).

<sup>11</sup> La expresión es de J. Kenyon, *Stuart England* (Penguin, Londres, 1978), p. 41.

tido oportunamente en la necesidad de no conceder a estos modelos más relevancia de la que realmente tienen: la de una estimulante propuesta capaz de sugerirnos preguntas pertinentes acerca de los movimientos revolucionarios del XVI y del XVII. Sin que en ningún caso deba entenderse que estamos ante un cuerpo cerrado de doctrina susceptible de una aplicación generalizada. En el fondo, y a pesar de la sofisticación de que hacen gala, los modelos de los politólogos tampoco parecen haberse librado de conferir a la revolución francesa una posición de centralidad en su discurso, ni de otorgar —consecuentemente— patentes de modernidad revolucionaria de acuerdo con la proximidad o lejanía a este acontecimiento<sup>12</sup>.

\* \* \*

Independientemente de las reservas que hayan podido suscitar los trabajos de Hobsbawm y Trevor-Roper, resulta a todas luces evidente que el notable desarrollo historiográfico alcanzado por la cuestión de la crisis a lo largo de los sesenta tiene mucho que ver con las propuestas iniciales formuladas por uno y otro autor. Enriquecida con nuevas aportaciones, la discusión no se ha detenido tampoco a la altura de los setenta. Llamadas al rigor semántico como las de Randolph Starn (1971), aunque pertinentes y bien fundadas, no vienen sino a confirmar este extremo: el paradigma de la crisis ha acabado por normalizarse. Sin duda tiene razón Starn cuando escribe que es «su oportuna ambigüedad», su ubicación en una tierra de nadie entre *continuidad* y *revolución*, lo que hace que el término crisis gane aceptación. Pero cuestiones semejantes podrían suscitarse también a propósito de la utilización de términos como «Renacimiento» o «Barroco», sobre cuya propiedad han corrido auténticos ríos de tinta sin alcanzarse por ello un consenso unánime. Desde luego, por el momento no se entrevé que la imprecisión conceptual que parece constitutiva de nuestra disciplina vaya a frenar la corriente de trabajos en torno a la crisis.

<sup>12</sup> En este sentido, y contra el planteamiento de que el antifiscalismo de las revueltas del XVII suponía un empobrecimiento de su contenido revolucionario, argumentó convincentemente Rosario Vilari en 1971, insistiendo en su vinculación «con el discurso sobre la revolución del orden político y social» («Revoluciones y conciencia revolucionaria en el siglo XVII», en *Rebeldes y reformadores*, p. 41). No obstante la corriente continúa; véase Y. M. Berce, *Révoltes et révolutions dans l'Europe Moderne* (PUF, París, 1980). Para una crítica pertinente, T. Skocpol, *States and Social Revolutions* (UP, Cambridge, 1979), pp. 3-43.

Por el contrario, los más recientes manuales la incluyen ya preceptivamente, y la escalada de la crisis continúa<sup>13</sup>. Desde 1971, y gracias a Josef Polisensky, la Europa oriental ha quedado incluida con todo merecimiento dentro de ella<sup>14</sup>. Ya en 1968 el propio Polisensky había apuntado que una correcta comprensión de «la cuestión bohemia» de 1618-1621 pasaba necesariamente por una revisión de los esquemas con los que tradicionalmente se había venido interpretando la Guerra de los Treinta Años. Rechazando por su excesiva laxitud la interpretación de la crisis del XVII como una «de larga serie de crisis iniciadas a fines del siglo XVIII y no concluidas hasta el siglo XIX», Polisensky fija la cronología de esta crisis en el período que se extiende entre el comienzo de la revolución holandesa y la paz de Westfalia. Y ello porque la serie de enfrentamientos bélicos que se suceden entre 1568 y 1648 no son sino la consecuencia visible de un antagonismo mucho más profundo que confiere al período sus señas de identidad: la crisis debe interpretarse como un conflicto entre dos civilizaciones, una de ellas basada en «el legado del humanismo teñido con el protestantismo y adoptando como modelo las Provincias Unidas»; la otra vendría a estar constituida por la herencia católico-humanista y por el papel director que dentro de ella juega la monarquía hispana. Ni uno ni otro modelo, en cualquier caso, deben entenderse como esencias del orden burgués-capitalista y aristocrático-feudal, respectivamente; se trata simplemente de referencias operativas en torno a las cuales se alinean las fuerzas de un complejo conflicto.

Esta ampliación territorial de la crisis debe manejarse, sin embargo, con cierto cuidado. En su introducción a la nueva recopilación de trabajos sobre la crisis, Geoffrey Parker (1978) ha realizado un notable esfuerzo a fin de demostrar cartográficamente la simultaneidad de la crisis a escala mundial, desde Oporto (1640) a Tokyo (1650), pero la tentativa puede resultar engañosa. Sin mencionar las dificultades que habría que resolver a la hora de adoptar unos criterios que hiciesen comparables movimientos tan heterogéneos, e independientemente de que no sería muy difícil encontrar «cortes críticos» semejantes en otras épocas (como el propio Parker indica, y Elliot había puesto de manifiesto a propósito de las revueltas de los 60 en el XVI), es evidente que lo que se ventila

<sup>13</sup> Ver la bibliografía que en este sentido recogen A. Lloyd Moote (1973, nota 1), T. K. Rabb, *The Struggle*, p. 15, nota 24. Asimismo, H. Kamen, *El siglo de hierro* (Alianza, Madrid, 1977), y J. de Vries, *La economía de Europa en un siglo de crisis* (Cátedra, Madrid, 1980).

<sup>14</sup> Ciertamente, Hobsbawm había considerado el papel de la Europa oriental en su explicación de las crisis, pero solamente desde la perspectiva clásica de la «segunda servidumbre».

en la crisis no es la constatación de una serie de revueltas a escala planetaria. No me parece por ello que pueda interpretarse como un alarde de chovinismo occidentalista señalar que la crisis es una cuestión que está planteada en términos estrictamente europeos, y sólo en tales términos debe entenderse. Desde luego, la existencia de «feudalismos» y «Cortes» parásitas no sería imposible de encontrar fuera de Europa, pero sólo el viejo continente es el heredero de la tradición clásica y es sólo en Europa donde desde el siglo XVI asistimos a la configuración de un sistema de estados competitivos<sup>15</sup>. E indiscutiblemente esta original herencia tiene que ver con la forma concreta en que posteriormente va a manifestarse la crisis. Si, como ha sugerido Jonathan Israel (1974), México puede reivindicar su lugar dentro de la crisis, ello se debe justamente a que constituye un apéndice institucional de la monarquía hispana<sup>16</sup>.

El bien informado libro de Theodore Rabb (1975) es una de las últimas tentativas por abordar la crisis desde una perspectiva integradora y global, con ciertas reminiscencias de Mousnier. Para Rabb, la crisis afectó a «todas las formas de la actividad humana, de la diplomacia al drama, y afectó a todos los países, de Rusia a Portugal». Las causas de esta crisis hay que buscarlas en la excepcional situación en que se encontró el continente europeo al filo del 1500 (nuevas monarquías, expansión económica, Reforma, actitudes culturales nuevas), situación que para Rabb constituye un auténtico «dividing point in European History». Hasta el punto que la historia de los posteriores 170 años viene determinada por la asimilación de estas novedades. De ahí que la quintaesencia de la crisis gire en torno a la noción de autoridad y orden: las novedades del 1500 impactaron sobre una sociedad que carecía de claves previas para responder a los problemas que en todos los órdenes se le planteaban, desde la economía a la moral. La Guerra de los Treinta Años llevó estas tensiones a una situación de tal paroxismo (el «cenit» de la crisis) que forzó necesariamente a una «salida» en términos de estabilidad y orden. Precisamente Rabb había partido de esta situación de estabilidad —relativa— típica del último tercio del XVII para deducir, a contrario, que la historia de la crisis debería abordarse como una labor de recomposición de aquellos elementos que subvirtieron el orden europeo durante más de siglo y me-

<sup>15</sup> Por no mencionar el «modern-world-system» de Immanuel Wallerstein. Sobre la tradición occidental, ver las páginas de P. Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism* (NLB, Londres, 1974); para la competitividad interestatal, Skocpol, *States*, cap. I.

<sup>16</sup> Ver también las matizaciones de J. Elliot, «América y el problema de la decadencia española», *Anuario de Estudios Americanos*, 1971, pp. 1-23.

dio. Sin duda, el libro de Rabb es una original interpretación de la crisis, acorde además con el rigorismo semántico y el enfoque «médico» con el que su autor se propone tratar la misma (enfermedad, punto álgido, relajación). Pero su argumento es enormemente vapo-roso: no es un despropósito señalar que el año 1500 puede interpretarse también de forma exactamente opuesta a la que postula Rabb, es decir, como el momento en el que precisamente empiezan a digerirse las novedades no menos trascendentales del período 1350-1450. Por otra parte, convertir en motor del cambio histórico la alternancia de períodos de estabilidad/inestabilidad nos parece que es entregar la historia en manos de fuerzas metafísicas, olvidando que, después de todo, no son éstas, sino los hombres, los que las mueven.

En los últimos tiempos, tentativas de tipo «holístico» como la de Rabb parecen remitir, si bien ello no significa que el interés por la crisis ha decrecido. Hoy, al contrario, ante las evidencias de que disponemos se diría que la segunda mitad de la década de los 70 parece un tanto empeñada en reeditar la historia ocurrida veinte años antes. Podríamos decir, retomando una afirmación de Kamen (1977), que al menos «hay dos sentidos claros y distintos en los que se pueda discutir racionalmente el concepto de una 'crisis general': el económico y el gubernamental, y precisamente en torno a ellos tiende a reorganizarse el actual discurso de la crisis.

Una parte de la más reciente historiografía inglesa se muestra especialmente interesada en el último de estos aspectos, reivindicando así un tanto paradójicamente la matriz general que de la misma había formulado Trevor-Roper. En el fondo, creo que es la interpretación que puede darse al planteamiento gubernamental que postula John Elliot a la hora de buscar las causas de la *common malady* que afectó a las sociedades europeas en el siglo xvii (1973). Aunque de forma restrictiva, corregida y rectificadora, es también Trevor-Roper quien parece estar detrás de la *Revolt of the Provinces* de John Morrill<sup>17</sup>. Y esta misma orientación se observa también en los trabajos de los historiadores anglosajones sobre cuestiones clásicas del xvii francés<sup>18</sup>. Algunos de estos trabajos, como

<sup>17</sup> J. S. Morrill, *The Revolt of the Provinces* (Allen & Unwin, Londres, 1976). Sin olvidar, por supuesto, la sólida tradición de historia local inglesa (ver mi reseña al libro de Peter Clark, *English Provincial Society*, en *Hacienda Pública Española*, núm. 57 [1979], pp. 357-65).

<sup>18</sup> Entre otros, W. Beik (1974), R. Bonney (1976), P. J. Coveney (1977), R. Harding (1978), S. Kettering (1978), sin olvidar el precedente de J. H. Salmon, *French Society in Crisis* (Benn, Londres, 1975).

el de Sharon Kettering, demuestran convincentemente la oportunidad de abrir una tercera vía que, a través del análisis de los complejos de poder provincial del *Ancien Régime*, saque al estudio de las revueltas provinciales de ese callejón sin salida en que han sido colocadas a raíz de la polémica Porshnev-Mousnier.

Quienes estaban firmemente instalados en la convicción de que, con excepciones y matices, los dos primeros tercios del xvii constituían un período de crisis económica, han visto frustradas sus perspectivas como consecuencia de la labor que viene llevando a cabo Michel Morineau (1978). Después de un trabajo tan minucioso como inteligentemente llevado, este historiador tan poco respetuoso de ortodoxias ha conseguido reunir una serie de argumentos de los que, si bien no puede decirse que constituyan una contralectura de la crisis, muestran cuando menos la necesidad de arrumbar los «signos» sobre los que ésta se había levantado: ni el eclipse de los tesoros americanos después de 1650, ni la correlación entre éstos y el movimiento de los precios, ni aun la identidad entre bajos precios y crisis, pueden continuar considerándose como adquisiciones inamovibles. En esta tesitura, se hace estrictamente necesario reiniciar una labor de catalogación empírica, «año por año, secuencia por secuencia», de las principales evidencias de la crisis. Ciertamente que este recuento se sugiere en la esperanza de que con las mismas piedras pueda levantarse una construcción distinta; pero a condición de que previamente rectifiquemos los planos apriorísticos con los que hemos venido operando. De ahí que, según Morineau, nuestro mayor esfuerzo deba encaminarse a una seria revisión de la ideología del crecimiento como único rasero analítico a la hora de abordar el cambio económico en el pasado. Debe renunciarse, sugiere Morineau, a un crecimiento «concebido en términos de futuro y ciñámonos a las adquisiciones efectivas en tal o cual momento de la evolución». Veremos entonces cómo surge en torno a Europa «un campo de acción que no es solamente espacio geográfico, sino potencialidades de reserva, capital durmiente susceptible de ser movi-lizado a la hora H de la coyuntura». La contraposición xvi *versus* xvii perderá así esa irreductibilidad que nos han querido hacer creer. Dentro de esta misma línea de revisión, los puntuales trabajos de Jonathan Israel (1977, 1980) sobre la correlación entre guerra y crisis económica empiezan a suponer un auténtico jarro de agua fría para quienes venían empeñados en hacer de la crisis la consecuencia natural e ineluctable de la transición de una fase «A» a una fase «B».



Por último, desde el punto de vista de la historiografía marxista, los recientes trabajos de Robert Brenner e Immanuel Wallerstein han venido a reactivar el viejo debate sobre la transición<sup>19</sup>, y dentro de ella, a tratar de dilucidar el concreto papel que le cupo jugar al siglo XVII. Primero, en un *Coloquio* celebrado en la Universidad de Quebec (1974) sobre los casos de Italia y Holanda como ejemplos clásicos de «transiciones fallidas» a la sociedad industrial, y luego en una larga serie de artículos (1976, 1977, 1978), Robert Brenner ha sugerido antes que nada la necesidad de revisar los criterios sobre los que se viene basando una buena parte de la actual práctica histórica. La total dependencia de esta última en relación con dos modelos implícitos (el «demográfico» y el «comercial»), ha producido como consecuencia la imagen de que los procesos de cambio económico se reducen en realidad a un puro ajuste entre «factores económicos objetivos» (población, producción, tierra). Ello ha supuesto, asimismo, la negación de cualquier protagonismo a la estructura de clases de la sociedad, que queda reducida poco menos que a un papel puramente decorativo. Rechazando este planteamiento, Brenner reivindica el papel absolutamente central de la estructura de clases en el proceso histórico, demonstrando que los destinos divergentes de las sociedades europeas en los dos grandes «ajustes» de la Edad Moderna (el XV y el XVII), tienen que ver precisamente con la peculiar constitución de su estructura de clases. De hecho, la inmunidad de Inglaterra en el siglo XVII frente a las crisis de subsistencia que contemporáneamente afectan al continente, es ante todo el fruto de una singularísima estructura de clases en el mundo rural (señor, arrendatario capitalista, asalariados). Gracias a ella, la agricultura inglesa pudo crecer en el siglo XVII y preparar las bases para el desarrollo económico global del siglo siguiente. La continuidad de la propiedad campesina en Francia, protegida por el absolutismo, constituyó sin embargo un factor retardatario en el crecimiento económico francés.

La principal objeción que en este punto se ha hecho a la propuesta de Brenner, es su enfoque exclusivamente unidimensional a la hora de plantear las posibilidades de crecimiento en el sector rural. A pesar de la actualidad del tema, Brenner excluye de su explicación el hecho de que también las economías campesinas alcanzaron éxitos notables en pleno siglo XVII. La postura de Brenner conecta de hecho con una muy arraigada tradición marxista empeñada en considerar al campesinado como «prehistoria analítica del

<sup>19</sup> Que ha sido reeditado en 1976 por la «New Left Books», con un didáctico prólogo de Hiltner y un sustancial trabajo de John Merrington.

capitalismo», ignorando por completo el reciente debate a propósito de una *via campesina* hacia el capitalismo. Su modelo sólo considera «una evolución por estadios hacia una economía comercial orientada al mercado», de la que Kaustky vendría a ser su principal exponente<sup>20</sup>.

Con un aparato bibliográfico que raya en lo exhaustivo, y con una rigurosa fidelidad a sus propios postulados, la *magnus opum* (se anuncian cuatro tomos) de Immanuel Wallerstein (1974, 1980) constituye sin duda una de las más ambiciosas tentativas de los últimos tiempos tanto en la problemática de la transición del feudalismo al capitalismo como incluso en la posterior dinámica de este último sistema (1980). En concreto, el tomo segundo, y por ahora último, cubre el período 1600-1750, y dentro de él la cuestión de la crisis recibe un tratamiento sistemático. La tesis de Wallerstein sobre el siglo XVII parte de un supuesto anteriormente enunciado que es fundamental en su argumentación: el «sistema» sobre el que impacta esta crisis es ya capitalista desde el siglo XVI, lo que, a diferencia de Hobsbawm, significa que el XVII no es el momento final de la «transición». Por el contrario, la crisis del XVII no es sino la primera de las contracciones que va a experimentar el sistema capitalista de la «economía-mundo». Es precisamente por la existencia y características internas de este sistema por lo que la crisis del XVII no supuso una retrogresión similar a la de la baja Edad Media. La crisis debe entenderse como la fase «B» de un ciclo logístico que se extiende entre 1450 y 1750, y que se caracteriza por una estabilización general, antes que por un retroceso. Esta estabilización permitió precisamente la consolidación y solidificación de la «economía-mundo» a través de una reordenación de los papeles a jugar entre el centro, la periferia y la semiperiferia de ese sistema (concentración de capital en el centro, subdesarrollo de la periferia, oscilación de la semiperiferia hacia una de estas dos posiciones de acuerdo con desarrollos anteriores y con la posibilidad de aprovecharse de las nuevas circunstancias). En este sentido, concluye Wallerstein, lo que ocurre en el siglo XVII no es tanto una crisis «cuanto un necesario cambio de marcha, no [tanto] un desastre cuanto un ele-

<sup>20</sup> La primera expresión es de T. Shanin; «Definiendo al campesinado», *Agricultura y Sociedad*, núm. 11 (1979), pp. 9-52, esp. 43. La segunda se encuentra en J. P. Cooper, «In Search of Agrarian Capitalism», *Past and Present*, núm. 80 (1978), p. 29. La confluencia con Kaustky ha sido señalada por J. Torras, «Class Struggle in Catalonia. A Note on Brenner», *Revista*, vol. IV, núm. 2 (1980), pp. 253-65. Para nuevas consideraciones sobre la «via campesina», véase el artículo de Meddick ya citado.

metro esencial en la promoción de los intereses de quienes más se benefician del sistema capitalista».

Como puede verse, la tesis de Wallerstein se caracteriza, por una parte, por la adopción de argumentos que anteriormente estaban ya implícitos en el trabajo de Hobsbawm y, por otra, por la inserción de estos argumentos dentro de la estrategia explicativa global del llamado «marxismo circulacionista» (Brenner, 1978). Ahí reside precisamente su principal error teórico: en haber identificado el proceso de «*formación del capital con su efectivo funcionamiento*» (Nell, 1976), en confundir «las condiciones y presupuestos del capital engendrados por el propio movimiento del capital con las condiciones y presupuestos que pertenecen a la historia de la creación del capitalismo» (Banaji, 1980). Ciertamente, ello no invalida un trabajo pleno de sugestivas interpretaciones e hipótesis de trabajo; significa sencillamente que éstas deben ser repensadas en el contexto de una teoría general que dé cuenta de los hechos por algo más que la suprema razón de la economía-mundo (Skocpol, 1977); y dentro de un marxismo menos polarizado en torno al mercado y más atento a las relaciones sociales de producción (Tomich, 1980).

\* \* \*

El debate en torno a la crisis, como ha podido verse, no presenta síntomas de extinción por el momento, pero la sensación de que se encuentra en una fase de relativo estancamiento es difícilmente impugnabile. Un marasmo que, como muy recientemente ha apuntado Rosario Vilari, es antes que otra cosa consecuencia de nuestras propias «carencias metodológicas». Independientemente de ello, sin embargo, el balance de estos veinticinco años no debe considerarse como estrictamente negativo. Concluiría en este sentido retomando lo que el historiador de la revuelta napolitana afirmaba en 1971: «La comprobación del concepto de crisis general no tiene importancia decisiva en sí misma»; su inestimable valor debemos buscarlo en otra parte, concretamente en el hecho de haber cumplido «una función estimulante en la profundización concreta de la indagación sobre momentos fundamentales de la historia moderna».

- Banaji, J.: «Gunder Frank in Retreat?», *Journal of Peasant Studies*, núm. 4, 1980.
- Beik, W.: «Magistrates and Popular Uprisings in France before the Fronde», *Journal of Modern History*, vol. 46, núm. 4, 1974.
- Bonney, R.: *Political Change in France under Richelieu and Mazarin* (UP, Oxford, 1978).
- Brenner, R.: «England, Eastern Europe and France. Socio-Historical versus Economic Interpretation», *Failed Transitions to Modern Industrial Society*, F. Krantz y P. Hohenberg, eds. (Montreal, 1975).
- «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe», *Past and Present*, núm. 70, 1976.
- «The Origins of Capitalist Development», *New Left Review*, núm. 104, julio-agosto 1977. (Traducción castellana: *En Teoría*, núm. 3, 1979.)
- «Dobb on the transition from Feudalism to Capitalism», *Cambridge Journal of Economics*, núm. 2, 1978.
- Cooper, J. P.: «Introducción general» al t. IV de la *Historia del Mundo Moderno*, de la Universidad de Cambridge (Barcelona, 1974).
- «In Search of Agrarian Capitalism», *Past and Present*, núm. 80, 1978.
- Coveney, P. J.: «Introduction» a *France in Crisis* (Macmillan, Londres, 1977).
- Chaunu, P.: «Le renversement de la tendance majeure des prix et des activités au XVII<sup>e</sup> siècle. Problèmes de fait et de méthode», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, vol. IV, «Evo moderno» (Dott. A. Giuffrè, editore, Milán, 1962), pp. 219-55.
- Eiras, A.: «Introducción» al t. IV de la *Historia del Mundo Moderno*, de la Universidad de Cambridge (Barcelona, 1974).
- Elliot, J. H.: «Revolution and Continuity in Early Modern Europe», *Past and Present*, núm. 42, 1969; incluido en la recopilación de Parker (1978).